

PINO SUÁREZ  SALTO DEL AGUA  I. LA CATÓLICA  BALDERAS  CUAUHTÉMOC  INSURGEN

Autor: Julio Cesar Alavez Oliva



nales, sino en la premisa básica al cen-
los héroes nos muestran que no necesi-

Juárez, y Mobike, en la Miguel Hidalgo. Ambas empresas funcionan sin estaciones fijas y se suministran mediante una aplicación móvil. Basta descargar la app correspondiente, escanear el código QR de la bicicleta y tu recorrido comienza. Son bicicletas de nueva generación, cuya ventaja es que son muy ligeras y, sobre todo, a prueba de robos. Mobike es una startup original d

ción civil Confianza y Gratuidad, en colaboración con el gobierno de la Ciudad de México, que comenzó a operar en 2012. El préstamo es individual y gratuito, sólo que es obligatorio que seas mayor de 18 años. Cada bici se presta durante un máximo de 15 días laborales, y el costo del recorrido de 0.15 pesos por minuto.

que es una especie de préstamo de bicicletas para quienes, más allá de

¿Somos o no somos?

Posmodernidad y patrimonio arquitectónico

*Victoria Garay Rebollo**

Aproximaciones reflexivas

Venturi creía que el modernismo había despojado a la identidad, tanto local como histórica, del tejido urbano. Según Aldo Rossi, los monumentos, signos de la voluntad colectiva expresados a través de los principios de la arquitectura, parecen colocarse como elementos primarios, como puntos fijos de la dinámica urbana. Sin embargo, aunque pudiera parecer lógico este pensamiento, a mediados del siglo XX, se gestó una nueva corriente ideológica que desafortunadamente, se llevó consigo mucho del patrimonio cultural edificado por su nueva postura ante lo llamado “antiguo” o “viejo”, y propuso como máxima la ideología capitalista y como si existiera una categoría de los que es “destruible” y los que es “conservable” de acuerdo a su aporte económico (valor capital) como único juicio.

Esta nueva corriente es el posmodernismo, también llamada condición posmoderna, que se usa para designar la reacción contra los principios funcionalistas y racionalistas en el ámbito de la arquitectura contemporánea.

Pero también es el posmodernismo lo que se refleja en una arquitectura popularizada e indulgente del espectáculo, con brillo superficial y con intenciones hedonistas fugaces, en un mundo ingobernable sometido a un azaroso sistema moral, político y económico, que rompe la percepción habitual de la forma y el espacio. La fragmentación, el desorden, el caos aparentan un nuevo orden urbano.

El posmodernismo representa una apatía, un vacío cultural que fomenta la mediocridad en la sociedad promoviendo el consumo inmediato de información polémica que pareciera no generar un impacto significati-

vo en sociedad, es decir, se consume exigentemente de forma hedonista, creando una sociedad que deshecha rápidamente y no desarrolla ningún tipo de memoria.

Al vivir bajo esta condición, sustituir valores históricos, que incluyen tradiciones y memorias, por valores capitales de consumo logra transformar la percepción de los bienes históricos que si bien, probablemente antes eran ignorados, ahora son vistos como estorbo y como obstáculo a la modernidad. Lo moderno es sinónimo de progreso en las sociedades posmodernas, que por lo general son ignorantes y desinteresadas.

Estos nuevos movimientos ideológicos que también empatan con ideas globalizadoras y comerciales mundiales más allá de enaltecer el valor único excepcional del patrimonio, lo minusvaloran y comienzan a impulsar la importancia de nuevas obras que no son auténticas ni históricas ni identitarias. Las ciudades que contienen valores patrimoniales, como elementos arquitectónicos, son ciudades que poseen una muestra tangible de la situación social de una región y un marcador de su presente, pasado y futuro. Dentro del contexto posmoderno, las transformaciones y crecimiento de estas ciudades, no son una novedad, pues el mundo se rige por tendencias que provocan nuevas formas de vida, nuevas percepciones en todas las escalas y nos enfrenta a nuevos retos que exigen nuevas soluciones de formas muy variadas y poco comunes.

La imagen de cada ciudad permite el conocimiento de su historia y genera la responsabilidad del futuro en comparativa al presente, creando nuevas concepciones de la misma como patrimonio histórico y cultural. Las ciudades se manifiestan como un modelo de lo que representa atemporalmente una sociedad y es por ello que su concepto es tan variante y ha de transformarse de acuerdo al momento social e histórico en cuestión.

Por ello, las ciudades se vuelven una pieza clave en la memoria, colectiva e individual, es el resurgimiento continuo y fluido de la historia de generaciones con todo y sus experiencias y aprendizajes que son heredados.

Las ciudades que habitamos se forjan con la premisa de mejorar la calidad de vida en torno a la oferta de trabajo que sostendrá la mejora económica y que pretende posicionar a dichas ciudades como las más sobresalientes sin importar el precio que se tenga que pagar por ello, esta es una tendencia global que no considera a las ciudades históricas como parte fundamental de la estructura social y urbana que se apoya en la arquitectura y el urbanismo como parte identitaria, sino que rompe con estos últimos

en nombre de una modernidad mal entendida, que provoca una enajenación social que en pocos casos se sustenta en el turismo pero que, por lo general, provoca que se pierdan valores arquitectónicos, patrimoniales, sociales; y la ciudad como tal se transforma en un espacio multicultural y vacío a la vez.

Actualmente, muchas ciudades en México, atraviesan una intensa transformación social y patrimonial, que puede atribuirse al descuido, la ignorancia, la violencia y la falta de interés en preservar esta misma, a cambio de nuevos complejos que son aclamados por una gran cantidad de habitantes hartos de vivir en “ciudades viejas” que no responden a las necesidades cotidianas. Irónicamente, estas transformaciones realizadas en aras de “modernizarse” solo producen ciudades ambiguas en todos los sentidos, generando espacios inseguros, marginados, corrompidos y abandonados, síntomas que los propios habitantes perciben como amenazas a su calidad de vida.

En este punto, es importante aclarar que el término “transformación” bien puede entenderse de dos formas: la primera y más dramática, como una pérdida y la segunda, como una mera dinámica propia y regular de las ciudades que están en constante desarrollo. Del mismo modo, es pertinente resaltar que el término “modernizar” (que es tan aclamado hoy en día coloquialmente para referirse a cambiar cualquier cosa antigua por algo actual) no es un término relacionado con el movimiento moderno o el modernismo. Una vez aclarado esto, se retoma el tema diciendo que estas transformaciones son respuestas a las problemáticas sociales que anteponen ideas en contra de su propia historia, reflejando ciudades que son manipuladas por intereses regidos por la ignorancia, la avaricia y la negligencia de sus propios habitantes. Al decir todo esto, no se trata de exponer una lucha contra lo que llamamos modernizar la ciudad, o contra el progreso, más bien se trata de cuestionar y reflexionar la idea entorno a esos conceptos y lo que implica su obtención a corto y largo plazo.

La intención modernizadora que justifica e impulsa todas las agresiones al patrimonio minusvalora los principios históricos y destruye testigos físicos del pasado que conformaron a la ciudad como la conocemos ahora y al mismo tiempo a sus pobladores que dejan de habitar sus espacios, es decir, la vida social también se transforma. Sin embargo, al mismo tiempo, se presenta un caso extraordinario y es que, cada vez es más común que los principales destinos turísticos (no playas) e instagramables (término

referido a la red social Instagram) sean justamente estas “viejas ciudades”, incluso que se estén desarrollando nuevos conjuntos que imitan la arquitectura vernácula y tradicional de algún sitio, creando así una nueva ciudad que ni es “moderna” ni es histórica, más bien es un falso histórico que irónicamente es aceptado y promovido, generando una nueva forma de crear historia y de vivir nuestras ciudades.

Con este fenómeno, queda claro que nos enfrentamos a una nueva modalidad de habitar, que deja a un lado la autenticidad como principal cualidad, caso que no es de extrañarse, pues analizando las ciudades históricas de nuestro país podemos observar que cada una conlleva una serie de problemáticas que las convierten en amenazas para el bienestar social, como lo son la gentrificación, la inseguridad, la marginación social, entre otras. En contra, las nuevas ciudades históricas, aunque inventadas, se presentan como espacios por lo general, privados, seguros y llenos de amenidades que brindan comodidades para sus habitantes con la atractiva apariencia histórica.

Por otro lado, nos enfrentamos al argumento falaz y demagógico de que la conservación del patrimonio cultural detiene el progreso y que, a causa de esto, se realizan acciones que destruyen al mismo en pro de las nuevas construcciones, lo cual es un absurdo visible en muchos de los inmuebles construidos en centros históricos que al poco tiempo de ser inaugurados se convierten en los llamados “elefantes blancos” o se abandonan. Es por ello que la revaloración de nuestras ciudades históricas (originales) y su patrimonio debe basarse en la recuperación del papel cultural y social, impulsando su legado dentro de la formación urbana e histórica.

Es cuestionable que, en vez de conservar y preservar nuestro patrimonio arquitectónico, se dé lugar a una modernización donde se destruyen centros históricos y sus tejidos sociales casi por completo, y fomentamos casi a modo de reclamo urgente la creación de nuevos espacios con pintas antiguas únicamente para uso de las redes sociales, que no alimentan la inclusión social ni la vida comunitaria. Es decir, debemos reflexionar y actuar sobre el estado y el uso que se les está dando a los centros históricos (originales) y al camino que está tomando la gestión de nuestro patrimonio porque se corre el riesgo de que termine disminuido a casi nada. Es vital que el quehacer arquitectónico y urbanístico, al llevarlo a cabo, no sea por estímulos individualistas o tendenciosos, sino que involucre valores y que se incorpore al contexto existente en pro del bienestar social.

En este punto, es posible pensar que ya todo está dicho, escrito y hecho, que las bases de la conservación arquitectónica, el patrimonio, la sociología urbana (y muchos otros temas que aquí se mencionan) ya están dadas y que innovar en pensamiento, forma y función es un acto casi heroico, pero gracias a ese pensamiento, el interés sobre las acciones al patrimonio arquitectónico se han ido desvaneciendo, claro está que también influyen otros cientos de aspectos, pero esta indiferencia y apatía por creer que hemos alcanzado el límite de contradicciones y posturas, solo es reflejo de la sociedad posmoderna que rige hoy día el pensamiento común y que aleja cualquier atención sobre el patrimonio.

Como se mencionó en un inicio, las ciudades constituidas en su mayoría por el patrimonio arquitectónico son el resultado de sus habitantes, reflejo de la sociedad que contiene, por lo que no es conveniente analizarlos como hechos aislados que no interfieren entre sí. Es por ello que la conservación y preservación del patrimonio arquitectónico debe impulsarse desde las perspectivas más incluyentes, para analizar los aspectos que influyen en la transformación de las ciudades no solo a un nivel social económico o cultural, sino sobre todo en una escala arquitectónica y urbana que enfrentan el cambio y las nuevas formas de vida que hacen a un lado la historicidad de la ciudad para dar lugar a centros sin identidad y con sobreproducción, es decir, espacios polémicos que son el máximo exponente de las sociedades posmodernas.

A pesar de todo este contexto, nos debemos una ciudad digna que conoce y honra su historia, que no se excuse en su ignorancia y logre concientizar la transformación destructiva de su patrimonio.

En este caso la conservación y el rescate del patrimonio arquitectónico es urgente, pero aún más lo es atacar el problema de raíz, combatir la apatía y la indiferencia social por medio del reforzamiento e introducción de la memoria colectiva creadora de identidad y pertenencia, que permita el cuidado del patrimonio por sus propios habitantes. Por lo tanto, es necesario impulsar la unión comunitaria y trabajar valores sobre el patrimonio, la difusión y la formación de una memoria colectiva que permita identificarnos y sentirnos pertenecientes a una cultura y una sociedad única, que se refleje en el buen estado de su patrimonio histórico y arquitectónico.

Si bien es cierto que el rescate y la conservación de la edificación patrimonial son importantes, no son suficientes para su permanencia, pues esta solo se obtendrá si se logra inducir o hacer partícipe al edificio en una

nueva o renovada actividad histórica determinada en su momento actual que vaya más allá de la polémica inmediata o la contradicción.

La labor de conservar, preservar y cuidar el patrimonio arquitectónico desde la conservación, preservación y cuidado social es necesaria y a la vez es una exigencia de los mismos para continuar siendo parte de la historia y de la identidad de los que habitamos dicho espacio.

Referencias

Rossi, A. (1966) *La arquitectura de la ciudad*, 1992 octava edición, editorial Gustavo Gili, España.

* *Victoria Garay Rebollo*

Arquitecta por la Universidad Autónoma del Estado de México y egresada en 2020 de la maestría en restauración de sitios y monumentos por la Universidad de Guanajuato. Cuenta con historial en participaciones de cursos, talleres, ponencias y congresos nacionales e internacionales dentro de la materia de arquitectura y preservación del patrimonio arquitectónico.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas
Permite a otros solo descargar la obra y compartirla con otros siempre y cuando se otorgue el crédito del autor correspondiente y de la publicación; no se permite cambiarlo de forma alguna ni usarlo comercialmente.

Fecha de recepción: febrero 2022

Fecha de aceptación: mayo 2022

Versión final: julio 2022